

Allá en la tierra natal del que teje estos comentarios, en Vizcaya, parece que tratan en las próximas elecciones de diputados provinciales de constituir una Diputación de altura, eso que se suele llamar una Diputación de altura. Así por lo menos se lee en los diarios de Bilbao, que dan cuenta de una comida que celebraron—sabido es que a las veces se celebra—comidas y no sólo se come en común—en la Sociedad Bilbaína cuatro diputados a Cortes por Vizcaya y un bilbaino y vecino de Bilbao, diputado por un distrito de Guipúzcoa, para tratar de esa Diputación provincial de altura. Entre los cinco reunidos hay dos carlistas, o si se quiere jaimistas, un republicano, un conservador que oscila entre Maura y Dato, y otro que no sabemos lo que es, si es que es algo. Pero los cinco parece que coinciden en eso de que la Diputación provincial, aun representando las distintas fracciones y facciones políticas que actúan en Vizcaya, sea de altura.

¿Y qué es eso de una Diputación o un Ayuntamiento o un Gabinete de altura? Nos apenas cada vez que oímos que hay que constituir uno de esos organismos administrativos o gubernativos de altura. Vale tanto como decir que los otros, los ordinarios, los corrientes, no lo son; no son de altura. Y lo que no es de altura resulta ser, por dialéctica ley de contraste, de baja. Reservar a ciertos hombres, a quienes se cree de capacidad más excelsa, para las grandes ocasiones es el mayor de los errores. Para diario hacen falta esos hombres.

Sucede con esto como con ciertos médicos eminentes o tenidos por tales y es que sólo se les llama en caso de extrema gravedad, de último apuro, generalmente cuando la dolencia no tiene ya remedio y así esas eminencias médicas se convierten en enterradores. «Mal, muy mal debe andar la cosa—dice uno—puesto que han llamado al doctor Perencejé.» «¿Al doctor Perencejé?—contesta otro—, pues el carro de la funeraria a la puerta; han acabado por hacerle especialista en desahuciados.»

Parecía lo natural que siempre, y en cada caso, los partidos políticos y los pueblos buscasen a sus hombres más capaces y más laboriosos y que estimasen que no hay circunstancias y tiempos ordinarios y otros extraordinarios, sino que siempre y en cada caso hay que poner la intensidad mayor posible en la acción directiva. No debe haber nunca Gobierno para salir del paso, para ir tirando, para hacer que se hace, para ganar tiempo, que es el modo mejor de perderlo.

«Es que no siempre esos hombres, más capaces y más diligentes, están dispuestos a servir al país», nos dirá el lector. Pero es que siempre se les debe obligar a ello, sin que baste que no lo quieran. Al hombre más capaz de go-

bernar o de administrar hay que obligarle a que gobierne o administre. Y el que se reserva es un mal patriota, un mal ciudadano y merece el menosprecio de sus compatriotas, de sus conciudadanos. No es lícito reservarse. Y menos aún cuando es por temor de gastarse. El hombre ha nacido para gastarse. Y ¡ay del prestigio que no se gasta! Y aunque parezca paradoja a los mentecatos, gastándose es como vive y se renueva un ser vivo, aunque no seguramente una piedra o un leño muerto.

Hemos conocido más de un noble espíritu en España que ha pasado sin haber rendido a su patria todo el servicio espiritual que debía y podía haberle rendido, no más que por no gastar, por no perder acaso su prestigio. Por temor a mancharse no bajaron a la cienaga. Por no ser discutidos y acaso escarnecidos huyeron del bullante coso de la refriega. El agua quieta de un aljibe es la más cristalina y limpia y se ensucia la que lava minas, mueve turbinas o ejerce otra acción.

Algunas veces hemos oído de algún hombre público, de alguno de esos santones de la cosa pública, que decía que reservarle para las grandes ocasiones, y nos ha parecido ello un solemnísimo disparate. ¡No, no y no! Los mejores, los más capaces, los eminentes deben ser para a diario. Alguien ha hablado del trágico cotidiano. Pues bien, lo más importante es lo de ahora y lo de aquí, lo de todas las horas. No hay momentos solemnes. La solemnidad es siempre la del presente. Y lo propio del hombre eficaz, del hombre enteramente humano, es decir, divino, es que nunca está preparándose para mañana, sino siempre obrando ahora, en el presente. Que es, además, la única manera de prepararse para mañana.

«Bueno—le decía el médico—, por ahora le recetaré esto, y si no surte efecto, pasado mañana le pondré otra receta.» «No—le contestó el paciente—, recéteme usted siempre la medicina de pasado mañana.» Sí, el remedio heroico siempre y en cada momento. Y lo mismo en política.

Lo que hay es que los pueblos que viven en continua modorra, en perpetuo descanso, en sempiterno «mañana será otro día», y en vez de elegir por sí a los más capaces y diligentes para gobernarlos o administrarlos, en vez de buscárselos, esperan a que los más desaprensivos se les ofrezcan. Y eligen por pereza al que se les presenta, él por sí mismo a que lo elijan.

Lo que vamos a decir sonará a cosa de ridícula ingenuidad a algunos de nuestros lectores ya que juzgamos una costumbre corriente y moliente; pero creemos que el ciudadano que se presenta a sí mismo o se ofrece para concejal, diputado o senador, es un sujeto que tiene enturbiada o estropeada la conciencia civil, si es que no ha perdido la vergüenza. Buscar esos cargos, soli-





editarlos, intrigar para obtenerlos es tener pervertida la civilidad y hasta la moralidad. No es lícito moralmente—porque esto es cosa de moral—, no es lícito moralmente, decimos, ni pedir un solo voto, ni rechazarlo. A ningún ciudadano debe serle lícito buscar que se le elija para nada, como creyéndose a sí mismo más capaz que los otros, ni negarse cuando se le busque. Y un pueblo digno ni debe elegir al que sopa que está maquinando para que se le elija, ni debe ir a contar con la aquiescencia previa de aquél a quien acuerde elegir.

«¿Qué ingenuidades, Dios mío!», dirá el lector. Lo reconocemos. Estas reflexiones son tan simples y obvias, tan candidas, como aquello de que todos los españoles sean justos y benéficos. Parecen cosas de los candorosos tiempos de D. Baldomero Espartero, el de «cumplase la voluntad nacional». ¿Pero no cree el lector que hay máximas y reflexiones del celebrado Maquiavelo, no menos candorosas en su malicia que en su ingenuidad puedan ser las nuestras? Pero sigamos un poco.

Conocimos un sujeto que en unas elecciones senatoriales se fué de elector en elector—no era excesivo su número—solicitando su voto y a los que se lo negaban les decía: «¿y para la siguiente elección?» a lo que por quitárselo de encima se lo prometían.

Y al cabo de repetir no sabemos cuántas veces la suerte el miserable pordiosero de votos, que no fué hasta su muerte más que un acabado y entero mamarracho, logró representar en el Senado a uno de los colegios electorales que debe suponerse compuesto de ciudadanos los más ilustrados, cultos e independientes. Y no supimos, al saberlo, de qué asombrarnos más, si de la pertinacia en la abyecta pordiosería de votos de aquel solemnísimo mentecato o de la... no encontramos palabra, de los que le eligieron.

No nos cabe en la cabeza que se solicite ciertos cargos. Diceses que hay ahora cosa de media docena de senadurías vitalicias vacantes y que hay docenas de auto-candidatos para cada una o poco menos. Y debe de ser cosa terrible la carrera política, la política convertida en carrera en vez de ser milicia—milicia obligatoria a que ni se pretende ni se rehusa—cuando de tal manera degrada y envilece los caracteres y los ánimos de los que se dedican a ella.

«Pero y qué vamos a hacer?—nos decían una vez unos ciudadanos empeñados en buscarse un Ayuntamiento de altura para la ciudad—, ¿qué vamos a hacer si aquellos a quienes elegiríamos mejor y nos parecen los mejores rehusan darnos su nombre?»

«Es que no deben ustedes pedirselo, sino tomárselo—les respondimos—, les votan, quíeránlo ellos o no, y asunto concluido.»

«Es que hay quien de ellos nos dice que si le elegimos concejal, cambia de

residencia.» «Pues que cambie; le echan ustedes de la ciudad en que no debe vivir.»

¡Ingenuidades, no más que candidas ingenuidades! Y apuradillos van a verse aquellos diputados a Cortes de Vizcaya para constituir una Diputación provincial de altura. Los que se ofrecen, directa o indirectamente, como altos hay que rechazarlos nada más que por ofrecerse, y aquellos a quienes se busca sin que se hagan buscar, rehusan servir al común.

Es el problema más difícil de las democracias, el de que no se le elige a un ciudadano para representar a los otros propende al representante a hacer un oficio de carrera su representación y surgen los políticos por autonomasia. Hay concejales de oficio y hasta de por vida. Y esto también es para dicho una ingenuidad y un resobadísimo lugar común.

¡Una Diputación provincial de altura! ¡Un Gobierno de altura! ¡Qué triste es tener que oír estas cosas! ¡Pero cómo es posible que llegue a haber un Gabinete de altura en este vasto y triste hospicio que es hoy España, donde los mayores mendigos, los más miserables pordioseros son los que pordiosean altos cargos políticos? Hemos oído asegurar, aun resistiéndonos a creerlo, que hay quien mendiga una cartera de ministro y la pide como un necesitado. Para un hombre digno antes ganarse el pan de memorialista o reventar de hambre en un rincón. Pero la pordiosería política, de los que van a ésta sin oficio ni beneficio y a vivir de ella, acaba con todo sentimiento de dignidad. Un carterista de carteras ministeriales tiene menos sentido del honor que un carterista de los otros, de los que sustraen a sus dueños carteras de bolsillo.

No deben, pues, los políticos de oficio, los que han hecho una carrera de la política, los que se presentan a sí mismos candidatos para éste o aquél cargo público, los que mendigan votos o los compran, extrañarse como a las veces se extrañan de que les tratemos tan mal y maldigamos de ellos. No serán peores que los otros en el sentido de hacer más daño, serán no pocas veces serviciales, tendrán cierto sentido de no menos justicia, procurarán servir a su país, pero son abyec-

tos. Ni para servir al país es lícito moralmente mendigar su sufragio. Es bajo, es vil, es vergonzoso decirle: «Elígeme, que yo te serviré y te daré esto y aquello.»

Un amigo mío americano, de una de las más pequeñas Repúblicas y que por lo visto no tenía nada de Cincinnati, me decía una vez: «Porque yo aspiro a ser elegido alguna vez presidente de mi patria; que, ¿no le parece bien?» «Muy mala, contesté. «Pues acabo de execrar de los que carecen de ambición», me dijo. Y yo: «y eso no lo es!» «¿Pues qué?» me preguntó. Y yo: «Ambición es aspirar a hacerse el más digno y capaz del cargo, y no al cargo.» Nos costó entendernos.

Y perdóname, lector, este sermón tan insustancial. No siempre está el horno para galletas.

Miguel de Unamuno.

